

IMPRIMER

LA FONTAINE

FABULAS LIBERTINAS

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

SOR JUANA

Parió sor Juana, en sazón,
Y muy contrita, ayunaba,
Y siempre rezando estaba,
Con sin igual devoción.
«Ved, dijo en cierta ocasión
La abadesa, muy ufana,
Ved cómo vive sor Juana,
Seguid su conducta bella.»
Y las monjas, bajo el manto,
Dijeron a esta querella:
«Viviremos como ella,
Cuando hagamos otro tanto.»

LA VENUS CALLIPYGA

Hubo en la Grecia dos siracusanas,
Que tenían un trasero portentoso;
Y, por saber la cual de las hermanas
Lo tenía más gentil, duro y carnosos,
Desnudas se mostraron a un perito
Que, después de palpar con dulce apremio,
Ofreció a la mayor su mano, en premio.
Tomó su hermano el no menos bonito
De la menor; alegres se casaron,
Y, tras más de una grata peripecia,
En honor de las dos un templo alzaron,
Con el nombre de: « Venus, nalga recia. »
No sé qué intención hubiera sido,
Mas fuera aqueste el templo de la Grecia
Al que más devoción habría tenido.

LOS DOS AMIGOS

Alcibiades y Axioco, compañeros
De cuerpo juvenil, bello y fornido,
Concertaron sus ansias, y pusieron
Semillas de su amor en igual nido.
Sucedió que uno de ellos, diligente,
Trabajó tanto a la sin par doncella,
Que una niña nació, niña tan bella,
Que los dos se jactaban igualmente
De ser el padre de ella.
Cuando ya fue mujer y rozagante
Pudo seguir la escuela de su madre,
Al par los dos quisieron ser su amante,
Ninguno de ellos quiso ser su padre.
«¡Ah! hermano, dijo el uno, a fe os digo
Que es de vuestras facciones un dechado.
-¡Error! el otro dijo; es vuestra, amigo;
¡Dejadme a mí cargar con el pecado!

EL GLOTON

Para su cena, un glotón,
Ordena que con presteza
Le sirvan un esturión.
Exceptuando la cabeza
Le come, enferma, le dan
Cien lavativas copiosas,
Y le dicen, con afán.
Que ponga en orden sus cosas.
«Amigos, dijo el glotón,
Tenéis sobrada razón,
Y puesto que he de morir,
Haced que sin dilación
Me puedan aquí servir
El resto de mi esturión.»

LA TERNERA PERDIDA

Perdió un hombre del campo una ternera,
Y fue a buscarla al bosque más cercano,
Do se subió a la copa de una higuera
Para ver a lo lejos, en el llano.
Llegó en esto una dama y un mancebo
Que amantes navegaban en conserva,
Y de la higuera al pie -decirlo debo-
se tendieron los dos sobre la yerba.
Sólo hablaban las manos y los ojos,
Cuando el doncel, parando la recreo,
Exclamó en el ardor de sus antojos:
«¡Qué veo, Señor mi Dios, y qué no veo! »
Y al oír esto, gritóle el aldeano
Que observaba en la copa de la higuera:
«El que ve tantas cosas, Mi hermano,
¿No ve por esa selva una ternera?»

EL ANILLO DE HANS CÁRVEL

Hans Cárvel, ya entrado en años,
Con moza joven casó,
Y al par que esposa, tomó
Alarmas y desengaños,
Cosa que siempre se vio.

Isabel -es la doncella,
De Concordato hija ducha,
Fue de raza, ardiente, bella,
Y apta a la amorosa lucha.
Hans Cárvel que, por natura,
Temía los cuernos traidores,
Alegaba a la criatura
La leyenda y la Escritura
Y los mejores autores.
Las visitas censuraba,
Maldecía de las coquetas
Y de sus miles recetas.
Y ansioso vituperaba
La que de agradar trataba.
Reíase de esto la galante,
Sin atender a razones,
No gustando de sermones
no venir de un amante.
el infeliz marido,
Mal llevado y mal traído,
Habría deseado la muerte,
Cuando a la su pena artera

-La historia es muy verdadera -.

Dio una hora de paz la suerte.
Cierta noche el de que hablo,
Después de haber bien bebido,
De Isabel roncaba al oído,
Cuando creyó que el diablo
Le ponía al dedo un anillo
Y decía: «-Veo la tortura
Que te consume y apura
Y de ello me maravillo.
Guarda ese anillo y no penes,
Pues te aseguro y prometo,
Mientras le lleves sujeto,
Que nada que temer tienes.
-Prosternarme ante ti quiero,
No hay merced que más me halague.
-Satanás! ¡Dios te lo pague!
¡Gracias, señor limosnero!»
Y en esto --- creerme podéis -,
Despertándose el marido,
Halló su dedo metido
En el sitio en que sabéis.

EL RETRATO DE IRIS
IMITADO DE ANACREONTE

Oh tú, pintor sublime, que la palma
De ternura ganaste en Cítérea,
Pinta a la ausente iris! «Nunca esa dea
Vieron mis ojos pues estoy en calma»,
Me dirás y lo sé; mas su retrato
Harás, si me oyes bien, en poco rato.
Mezcla con frescos lirios blancas rosas,
Añade las sonrisas de Cupido...
Mas, ¿para qué nombrarte tantas cosas?...
De Venus haz a iris. No hay parecido
Más singular, y dudo que se vea
Otra vez, semejanza tan curiosa;
Y hacer podrás después, en Cítérea,
De esta iris, una Venus portentosa.

EL AMOR MOJADO

OTRA IMITACIÓN DE ANACREONTE

Acostado blandamente
Estaba, en sueño sumido,
Durmiendo tranquilamente,
Cuando un nimio, diligente
Metió en mi puerta ruido.
Llovía mucho, la tormenta
Era grande, el tiempo crudo.
«Abrid, que estoy desnudo,
Y es la tempestad violenta.»
Yo, bueno y caritativo,
Abrí el humilde encañado
De la choza donde vivo
Al pobre niño arreciado,
Que entró temblando y calado.
«¿Cómo te llamas?» ansioso
Le pregunté, y él me dijo:
«Espera y no seas curioso,
Lo que urge, si bien colijo,
Es secarme, presuroso.»
Encendí lumbre. Él miraba
Si el agua no había empañado
Un arco, que me inquietaba.
Mas, me acerqué y con cuidados
Calentándole, pensaba:
«¿Por qué este temor cobarde?
Es blanco como el armiño,
Serenos como la tarde
Cuando de Julio el sol arde.

¡Qué puede hacer, si es un niño!»
Él, entre tanto, sin pena
Sacudió el blanco ropón,
Y mesando su melena,
Tomó un dardo y con fruición
Me lo lanzó al corazón.
«Acepta el dardo, buen hombre,
Acuérdate de tu amada
Y del amor, que es mi nombre.
-¡Ay! Por aquista jugada,
Conozco tu alma taimada.
¡Ingrato y cruel!
¿Es posible
Que tal pago se conceda
A quien os abre y hospeda
Con toda el alma? Increíble
Parece.» Y él, con voz queda,
Dando un salto de costado
Y subiéndose al balcón,
Respondió: «Me voy pagado,
Que mi arco está en buen estado
Y enfermo tu corazón.»

EL EMBUCHADO DE ANGIULA

El mismo amor, aunque bueno,
Cansa al cabo, y es muy justo;
Quiero pan blanco y moreno,
Que en el cambiar está el gusto.
Ésta, de cutis tostado,
Me hace tilín. Y ¿por qué?
Porque es nueva, ya se ve.
Y aquella, que de contado
Me pertenece, aunque blanca,
Ningún suspiro me arranca;
Dice que sí su ilusión,
Mientras que no, digo adusto.
¿La razón?... No hay más razón
Sino que el cambio es el gusto.
Así pensaba un marido
Que tenía mujer muy bella,
Y en breve quedó aburrido
De lo que sintió por ella,
Pues su pasión acendrada
Se calmó al verse colmada.
Su siervo partía su cama
Con una hembra rozagante,
Y el amo, que era arrogante,
No tardó en montar la dama,
Sin que al criado divirtiera,
Pues los pilló en la carrera,
Y aclamando su derecho
A la que estaba en el lecho,

La dijo... qué sé yo cuanto.
Necio fue gritando tanto

Por cosa tan usual.
¡Líbreos Dios de mayor mal!

«Señor, dijo luego al amo,
Con acento de sermón,
Ni Dios, ni ley, ni razón,
Os mandan esto, y reclamo
Que cada uno con la suya
Se contente, y que no arguya.
¿Os falta acaso mujer,
Y no la tenéis en casa
Tan bella, que en todo pasa
A la que supe obtener?
No honréis tanto a mi consorte,
Que no ha menester su gozo
De un hombre de vuestro porte.
Y, pues que tenéis un pozo
De deleites infinitos
(Y aquí apelo a los peritos),
En el aína, no vengáis

Por agua al cercado ajeno.
Si, por un hado sereno,
Tuviese a la que gozáis,
A ninguna otra quisiera,
Aunque diosa o reina fuera.
En fin, puesto que lo hecho
Deshacerse ya no puede,
Y dicen que a lo hecho, pecho,
Vaya en gracia; mas que quede
En esto, os ruego, señor,
Sin imponer mi albedrío;
Comed a más y mejor
Lo vuestro, y dejad lo mío.»
A discurso tan vehemente,
El amo quedó callado,
Y ordenó que diariamente
Sirviesen a su criado
Un embuchado de anguila.
El plato, le refocila
Muy mucho en el día primero;
Al otro, aun no le molesta;
Pero, llegado el tercero,
Tan sólo el olor le apesta.
Quiere probar de otro plato,
Mas gritan al desacato.
«Tenéos, dicen; ha prohibido
El amo que a otro toquéis,
Y quiere que os contentéis,
Con ese, pues ha sabido
Que con él mucho os regala.

-Vaya el plato enhoramala,
Que mi deseo está saciado,
Y de embuchado y de anguila,
Soy yo el que está ya embuchado.
Pare aquí esa retahíla
De embuchados, que en verdad
Me han colocado en un potro;
Voy a Dios o voto al otro,
DádLos al diablo, y dejad
Que coma pan, aunque duro,
Pues sino muero, es seguro.»

Acudió el amo al ruido,
Y dijo, muy divertido:
«Amigo mío, me sorprende
Que de manjar tanpreciado
Estéis tan pronto saciado.
¿No es lo que más os suspende?
¿No es su plato predilecto?
¡Bien pronto perdió su efecto!
¿Qué hice sino lo que hacéis?
De un manjar me satisfice
Que por sabroso tenéis;
Y ahora hacéis lo que yo hice,
Y olvidáis aquel sermón
Que echasteis, sin gran razón,
Flues bien observáis que es justo,
En este mundo terreno
Comer pan blanco y moreno,
Estando en el cambio el gusto.»

Quedó el otro consolado,
Si bien pudiera exponer
Más sobre el particular,
Pues que no debe bastar
Con alegar su placer.
¿Amáis el canibio? En buen hora;
Pero ved que es muy ladino
El que la píldora dora,
Y que no hay mejor camino
De ganar los corazones.
Éste siguió el que gustaba
Del cambio, pues siempre usaba
Buenas y claras razones,
Y dádivas, en amor
Fueron siempre lo mejor.
Más de cien veces lo he dicho,
Y si otra vez, temerario
Insisto, no es por capricho,
Sino porque es necesario,
Y aun diré que, en el amor,
Dádivas son lo mejor.
Vencen a la señorita,
A la dueña, a la perrita,
A veces hasta al marido;
Era el solo en este caso
Que había que dejar vencido,
Y como el amo dio el paso,
Y no podía oír en calma
Tal elocuencia su alma,
Diz que el terrible celoso
Consintió en hacer... el oso.

Hizo más; siguió el sistema
Del almo, con ahinco tanto,
Que apenas finaba un canto,
Cuando mudaba de tema.
Se citaban sus locuras
Y galantes aventuras,
Pues que, siendo a sus miradas,
Las más nuevas las más buenas,
Corrió blancas y morenas,
Viudas, solteras, casadas,
Cuanto pudo y cuanto halló
Dispuesto a sufrir el susto;
Y de este modo probó
Que en el cambiar está el gusto.

EL BESO DEVUELTO

Paseaban Juan y Juan aporlavilla,
Y un señor que halló a Juana de su gusto,
Dijo a Juan: «¿Quién te dio esta maravilla?
Déjame que la bese, y como es justo,
 Tomarás tu desquite
Cuando entre los casados yo milite.
-Acepto, dijo Juan, con mil amores,
A condición que nada el pacto tuerza.»
Besóla luego el otro, y con tal fuerza,
Que Juana se volvió de mil colores.
Casó ocho días después el caballero,
Y Juan tomó el desquite con esmero.
Y así dijo: «Señor, de haber sabido
Que erais tan leal y fiel a lo pactado,
En vez de haber a mi mujer besado,
Podríais muy bien con ella haber dormido.»

EL GASCON CASTIGADO

Por haberse un gascón vanagloriado
De poseer cierta bella,
Se vio de tal manera castigado,
Que merece contarse en honor de ella.
Era su dicho vano,
Y nada poseía;
Pero es lo natural del ser humano
Crear del mal cualesquiera fantasía,
Y exigir sólo la testificata
Cuando del bien se trata.
De él empero la dama se burlaba,
Rara vez sus visitas aceptaba,
Y cuando de graciosa y de divina
A veces la trataba,
La hermosa se iba a ver a su vecina,
Y con la boca abierta lo dejaba.
Ella era Inés y la vecina Juana,
Tomás, de ésta el esposo,
Antón el pretencioso,
Y Pedro, amigo suyo de jarana.
Es todo, si no miente mi memoria.
Según cuenta la historia,
Este Pedro de Juana era el amigo,
El galán favorito, el chichisveo,
La cosa indispensable a su recreo,
Algo más todavía de lo que digo.
En cuanto a Inés, su sincera alegría,
Su carácter jovial, su dulce calma,

Probaban que aún no había
Gérmenes amorosos en su alma.
Nadie sabía el valor de su ternura.
Mas buena la juzgaban para el caso;
Iba a cumplir los veinte, y la natura
Colmó su dicha con letal fracaso,
Quitándola un marido
De esos, que sin disgusto se amortaja,
Y la dejaba un capital, metido
Dentro de una tinaja.
Tenía la bella en suma,
Un algo muy capaz de hacer espuma
Los sesos de un gascón; mil atractivos,
Un aire virginal, muy buena pasta,
Y ciertos promontorios expresivos.
En cuanto a Antón, era gascón, y basta.
Dirigió Antón a Inés ledas canciones,
Suspiros en tropel, frases angélicas;
Pero, los juramentos de gascones,
No pasan por palabras evangélicas.
Inútil era amontonar razones
Para probar que estaba enamorado,
Mas quería se creyese era pagado.
Un día le dijo Inés en son de broma,
Ocultando hábilmente su artificio:
«-Quiero, amigo, pedir os un servicio;
No tendréis que ir a Roma;
Se trata nada más de un chasco airoso,
De engañar a un celoso.
Queremos que durmáis, hasta mañana,
Con el esposo de mi amiga Juana,
Que por mí os lo suplica;

Está Pedro con ella en tramontana,
 Y por ver si se explica,
Y consigue acabar la pelotera,
Bien necesita de una noche entera.
Queremos que, sintiéndose a su lado,
Piense Tomás con ella estar echado;
No la toca, pues vive en la abstinencia,
Y ya por celos, ya por impotencia,
Lo más grato del mundo ha abandonado.
Duerme como un lirón; no la examina,
Se contenta con ver su papalina,
Y así ya os dejaremos arreglado.
Complaceme, os daré buena propina.»

Por agradar a Inés, en un establo
Habría dormido Antón, con el diablo.
Llega la hora y lo meten en la cama;
De la traidora luz matan la llama,
 Y el buen Tomás, muy luego,
Ocupa su lugar. Antón se siente
Del temor abrasado por el fuego,
Y helado empero está; muy suavemente
Se coloca en lo extremo de la orilla;
Se ahoga por no toser; tan estirada
Su carne está que, sin gran maravilla,
Habría entrado en la vaina de una espada.
Daba Tomás más vueltas que un molino,
Todos eran vaivenes y deslices
 Y con extraño tino,
Llegó a meterle un dedo en las narices.
 Y lo que más temía
Es que al cabo le diese algún capricho

Soplado por amor. Atroz manía
Cuando uno de los dos... ¡Bastante he dicho!
Grande era su pavor. Ya nota un brazo
En su frente posar, ya un pie le escarba;
Y aun creyó, entre un pellizco y un codazo,
Del amigo Tomás sentir la barba.

Algo hubo más terrible;

Coge Tomás de pronto una campana
Y toca de manera tan horrible
Que no parara allí criatura humana.

A tan feroz ruido

Antón se cree perdido

Y jura renunciar a su adorada.
Como nadie acudiera a la llamada,
Tomás al cabo se quedó dormido.
Antes de amanecer se abrió la puerta,

Como se había pactado,

Y ¡oh colmo de dolor! tan luego abierta
Se encontró todo el cuarto iluminado.

Después de aquella vela,

Antón se habría vestido sin Candela.

Era entonces su pérdida segura,

Y, confuso, a Tomás pide perdones.

«Os perdono» le dice una voz pura

Que en el alma movía las emociones.

Y era Inés, que ocupado el lecho había

En lugar de Tomás, y muy ligera,

Mal vestida, corriera

A los brazos de Juana, que venía

Con Pedro, de calmar su pelotera.

Era, repito, Inés, que a todo trance

Del gascón contó el lance,
Y para que de rabia enloquecido
Se matase, con daga o con veneno,
Mirando el dulce bien que había perdido,
Dejaba al aire su turgente seno.

LA COSA IMPOSIBLE

Un demonio, más negro que ladino,
Hizo para un galán enamorado
 Un filtro tan divino,
Que su amoroso afán dejó pagado.
Que el amante gozara sus antojos,
 La bella inexorable.
«La volveré a tus miras favorable,
Senda será tu amor limpia de abrojos,
Dijo Satán; a tu menor mandato
Por mi poder serás obedecido;
 Pero, en el mismo rato,
 Tan luego haya cumplido
Lo mandado, tendrás aun que mandarme;
Y, si una vez no saber qué ordenarme,
De los amantes brazos de tu dama
Caerás en la voraz, tremenda llama
 De la infernal caldera,
Donde yo haré contigo lo que quiera.»
El doncel aceptó. ¡Qué no aceptara!
Es, en suma, el mandar, fácil asunto.
 Y en aquel mismo punto,
Como a las puertas de su bien se hallara,
Subió hasta el aposento de la bella;
 No sé qué hizo con ella,
 Mas, sin dejar el suelo,
Diz que, en su dicha, se creyó en el cielo;
Y habría sido completa su ventura
Si, apenas cada cuento concluido,
 No escuchase a su oído

Al diablo, que le acosa y que le apura;
Ordena en estos casos el amante
Todo lo que a su mente se presenta:
Alzar torres de pórvido y diamante,
Desatar el fragor de la tormenta.

Todo cuanto pedía

En menos de un segundo se cumplía.
Sólo con pronunciar de oro el vocablo,
Se llenaba su bolsa de doblones;

Mandaba a Roma al diablo

Que tomaba cargado de perdones;
Todo era al enemigo fácil cosa,
Que de una espina hacía fragante rosa.
Y a fuerza de pensar nuestro mancebo
En qué debía pedir, halló agotada
Su mente, al cabo ya rebelde al cebo.
Comunicó sus cuitas a su amada,
Diciendo toda la verdad desnuda,

Y así le respondió ella:

«¿No estriba más que en eso vuestra duda?»
Cuando venga Satán, le mostraréis
Lo que tengo en la mano, y le diréis:
Desriza esto, y no tomes a mi lado

Hasta haberlo desliado.»

Y asihablando, entregó al galán donoso.
No sé qué de un confuso laberinto

De no sé qué recinto,

Lo que un duque juzgara tan precioso,
Que de caballería orden fue luego,
Ansiada por los nobles, sin sosiego¹.

¹ La orden de Toison de oro, creada en 1430 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña.

Dijo a Satán nuestro galán gozoso:
«Es línea circular lo que te entrego,
Recta la has de volver de retorcida.
No vengas sin lograrlo, por tu vida.»
Vuela el diablo, la mete bajo prensa,
Pero no es la tarea lo que él se piensa.
 Ni sendos martillazos,
Que una mole rompieran en pedazos,
 Ni el calor de la fragua,
 Ni la influencia del agua,
 Consiguen lo que anhela;
Por más que en hallar medio se desvela,
No hay filtro, ni prodigio que en razón
 Pueda meter el vellón.
 Cuanto más lo tocaba,
Menos aquel anillo se soltaba.
«¿Qué es esto, se decía, puede mi vista
Ver cosa que a mi maña se resista
 Siendo tan tenue y fino?
Zote sería con esto el más ladino.»
Y el diablo fue al amante una mañana,
 Y le dijo, rendido:
 «Amigo, estoy vencido,

«El ya nientado Duque disfrutaba de la privanza de una dama de Bruges dotada de peregrina hermosum y habiendo entrado muy do mañana en su alcoba, halló sobre el tocador hebras de su campo inferior, riéndose los gentiles hombres que le acompañaban, del descuido de la señora; y el citado duque, para encubrir este misterio, juré que el que se había reído de aquel vellón no fendrfa la honra de llevar el collar de la orden de Toison que pensaba establecer por el amor de su dama» (Teamo de honor y cabalkría, por Andrés Favyn.

París. R. Foüet, 1620.)

Toda mi ciencia para aquesto es vana.
Te devuelvo tu bien y tu palabra,
Libre te dejo ya de mi presencia,
Pero, díme qué es esto, y de qué esencia,
Que así la rota de mi esfuerzo labra.»
Y respondió el galán con desparpajo:
«Muy pronto renuncias a vuestros fueros,
Y si queréis seguir ese trabajo,
 No extrafleis si os digo
 Que de ese rizo, amigo,
Existen numerosos compañeros.»

SIMPLON

Erase un chico, tendero,
Que con sobrada razón
Habían llamado Simplón,
Pues lo era y muy verdadero,
Juzgado de cualquier modo,
Y en amores sobre todo.
Allá en los tiempos pasados,
Para estudiar en amores,
Nuestros plácidos mayores
Querían ser hombres formados.
Así hoy no lo consideran,
Que a tener barbas no esperan.
El caso es que el tal mancebo,
Que de antigua época era,
Corrió en pos de tierno cebo,
Y se corrió en su carrera,
Como dirá la lección
Del inocente Simplón.
Le amó pues una doncella,
Hija de su principal,
Muchacha franca y cabal,
Que le contó su querella
Muy claro, por de contado,
Siendo él tonto rematado.
Júzguela muy atrevida,
Quién quiera -no seré yo,
Pues ya lo mismo se vio,
Y es cosa muy resabida
Que, para tales acciones,

Siempre hay sobradas razones.
Hermosa, joven y rica,
Muchos jóvenes ansiaban
Coger a la pobre chica
Un no sé qué, que anhelaban,
Y que ella había prometido
Al tendero consabido.
Tal fue su gusto. Es verdad
- Pues todo decirse debe -
Que la agraciada beldad
Vio en el hombre de la plebe
Un mozo guapo, cumplido,
Y de cuerpo muy fornido.
Y no hay dama que con calma
Tales tesoros desdeñe,
Pues por una que amor prefle
Entrándole por el alma,
A ciento causa sonrojos
Entrándoles por los ojos.
La doncella, que era ducha,
Hacía a Simplón mil monadas;
Muchas eran las miradas,
Y la coquetería mucha;
Había sonrisas y guiños,
Descotes en los corpiños,
Pellizquitos, apretones
De manos, y esas mil cosas
Que inflaman los corazones
Y abren del amor las rosas;
Y aun con sobrada razón,
Suspiraba el buen Simplón.
Al fin, tanto suspiraron
Que a la postre se entendieron,

Y eterna fe se juraron,
Y largos besos se dieron,
Que en el besar, el abuso,
Por grande, tan sólo es uso.
En suma, sólo faltaba
Una ceremonia sola
Para hacer rodar la bola,
Y si aquesta no rodaba,
Prometía rodar un día,
Pues la bella, así decía: mi
«Vos seréis quien ese paso
Me enseñará, o en mi vida
Lo aprenderé; fementida
No seré yo en ningún caso.
Para eso, Simplón, desde hoy
Vuestra discípula soy.
Creedlo como os lo cuento;
Soy muy franca y no os digo
Que moriré en un convento
Si, como lo pienso, amigo,
Ni aun por arte del demonio
Me obtenéis en matrimonio.
Me queréis y no querréis
Mis flacos hacez palmarios;
Sabéis, además, sabéis
Que me pretenden ya varios,
Y que mi padre me tiene
Casi dada, a quien conviene.
Pero, os juro y prometo
Que, sea duque, sea barón,
Mi predilecto Simplón

Verá su deseo completo,
Y en la amorosa palestra,
Mi ansiada flor, será vuestra.»
Dióla gracias el tendero;
Transcurrió así una semana,
Y cierto día, de mañana,
Se presentó el caballero,
Señor de gran valimiento,
A pedirla en casamiento.
«No me paro, ni discurso,
Dijo ella, si es buen partido,
Pero sí tengo entendido
Que no ve tres sobre un burro,
Y así no verá, en verdad,
Qué es de mi virginidad.»

Prometieron a la bella,
Se arregló la casa toda,
Pero la astuta doncella
Aguardó al día de la boda,
Temiendo cierto accidente,
Mal de más de una inocente.
A la iglesia la llevaron
Todavía con virgo intacto,
Con hachones los casaron,
Y el novio -¿quién no es exacto
cuando espera una doncella?
Quiso irse a acostar con ella.
Mas era la joven tierna,
Sencilla, afable, graciosa,
Y entre imperiosa y mimosa,

Supo obtener que su pierna
Viese sólo, y complaciente
Esperase al día siguiente.
Ya la hora se aproximaba
En que la aurora se peina;
La novia vestida estaba
Cual puede estarlo una reina:
Sedas, encajes, brillantes,
Finas medias, ricos guantes.
Esto la dio, por tomarla,
El gran señor de levita;
Simplón, para desvirgarla,
Sólo la había dado cita,
Y debían verse en un punto
Propicio para el asunto.
Era un bosquecillo umbroso,
De la caea retirado,
Recogido y silencioso,
Por flores embalsamado.
A él fue la recién casada
Con una adicta criada.

Paseábase hacía algún rato,
Cuando llegó palpitante
El enamorado amante,
Ansioso de frote y trato;
Pero, con torpe razón,
Así exclamó el buen Simplón:
«¡Ay! mi Dios, ¡cuánta humedad!
Mal sitio habéis escogido;

Os mancharéis el vestido,
Y es de gran precio; esperad
Que vaya por un tapete;
Son seis minutos o siete.
-¡Eh! Simplón, por vuestra vida,
No os ocupéis del traje,
Dijo la bella ofendida,
Sino en rendirme homenaje,
Que cuanto el tiempo se tiene,
Aprovecharlo conviene.
Rásguese la seda toda,
Rómpase de arriba abajo,
Pero, obrad con desparpajo,
Que tengo almuerzo de boda
Y con vos, antes de hartarme
Quisiera desayunarme.
No está en mi bien lo que digo,
Pero os quiero, y deseo
Cumplir mi promesa, amigo. -
Señora, en verdad, no creo
Que peque, por conservar
Un traje tan singular.
Os lo repito, señora,
La humedad es aquí grande;
¡No está la casa a una hora!
Vuelo y vuelvo, y cuanto mande
Haré luego, prenda amada.»
Y partió sin oír ya nada.

Tan consumada tontuna
Curó a la dama.

«¿Es posible Perder así la fortuna?
Dijo. ¡Parece increíble!
Ve con Dios, bobalicón,
No me das pena, Simplón.
Mi ángel bueno me ha guardado;
Él ha visto, de seguro,
Que no merecía tal hado.
De hoy más, ante Dios lo juro,
Sólo querré a mi marido,
Con pecho fiel y rendido.
Y por si secreto fuego
Aún por el tendero abona,
Voy a otorgarle muy luego
El bien que el otro abandona.»
Y esto diciendo, salió
Del bosque umbrió y se alejó.

Amantes, la hora propicia
No da a cada campanada;
Cuando se tiene agarrada,
Presto hay que gritar albricia;
Un mal es la dilación,
Como lo prueba Simplón.
Jadeante de su carrera,
Con el tapete volvía,
Creyendo que todavía
Hora a propósito era
Para enseñar a la dama,
El primer acto del drama.
Ella, entre tanto, mordiendo

Con despecho los sus labios,
Del alma llena de agravios,
en sus adentros gimiendo,
Iba a llevar a su esposo,
Lo que perdía su reposo.
¿Qué era aquesto?
Era la cosa
Que toda joven posee
Si su palabra se cree;
Mas de cosa tan preciosa
No respondo, y sería lego
Meter su mano en el fuego.
Merced a Simplón, la bella
Se volvía con desazón
Aún, a su pesar, doncella,
Cuando topó con Simplón.
«¿Por qué, dijo, sofocado,
No me habéis allí esperado?
Sobre este tapete hermoso,
Pronto seréis mujer hecha,
Torzamos a la derecha,
Volvamos al bosque umbroso,
Ya que ahora, sin ensuciaros,
Puedo mi saber probaros. -
Nada de eso, amigo mío,
Dijo ella, mi virgo llora,
Pero, se pasó la hora
Hay allí mucho rocío.
Estáis cansado, rendido.
¡Podrías resfriaros, querido!
Sois aprendiz de tendero,
Mas no de galantería,

Y yo no puedo, ni quiero,
Enseñaros, hoy en día;
Para arte tan refinada,
Tomad alguna criada.
Sólo os daré un consejo:
Sabéis vender y engañar
Con talento singular,
Sois en el comercio viejo,
Mas no sabéis, buen Simplón,
Lo que vale la ocasión ->

LA LECCION DE INGENIO

Hay un juego en extremo divertido,
Que renueva a menudo nuestro fuego,
 Y que juega el más lego,
Pues no se necesita gran sentido.
Adivinad cómo se llama el juego.

Juega el noble, el artista y el labriego,
Divierte a la que es fea como a la hermosa,
 Siempre es cosa sabrosa,
Y tan bien juega el lince como el ciego.
¿Adivináis cómo se llama el juego?

Es del amante la felice estrella,
No es preciso escribano con su pliego
 Que argumente, pues luego
Que dos están en él, nunca hay querella.
¿No adivináis cómo se llama el juego?

Pero, ¿qué importa? Sin buscar el nombre
 Ni amontonar razones,
Quiero deciros otro de sus dones:
Da la razón a la mujer y al hombre.
Antes que fuese Inés a aquesta escuela,
Era Inés una tímida gacela,
 Era Inés una tonta

Que sólo para hilar estaba pronta;

Nada alteraba su serena calma,
Y no tenía más alma
Que su linda muñeca
Que vigilaba cual gallina clueca.

De continuo su madre le decía:
«Vete a buscar ingenio, desgraciada.»

Y la pobre, corría
Entre la vecindad, avergonzada,
Buscando do el ingenio se vendía.

Daba lástima y risa;
Hubo al cabo en el barrio una criatura
Que, apiadada, le dijo fuese aprisa
A visitar a Fray Buenaventura
Que de ingenio tenía la asignatura.

Inés, aunque indecisa
Por distraer a tan grave personaje,
Tomó el camino sin mudar de traje.
«¿Querrá hacerme, decía, dones tamaños,
A mí, que sólo tengo quince años?
¿Valgo yo semejante sacrificio?»

Su candor aumentaba su belleza,
Y el mismo dios-amor perdiera el juicio,
Viendo de aquella virgen la cabeza.
«Reverendo, si no me han engañado,
Dijo la niña al fraile, en el convento
Sois profesor de ingenio, renombrado.
¿Queréis darme un tantico, de fiado?»

Con poco me contento,
Pues no es mucho el dinero con que cuento.
Si no basta una vez, hasta que aprenda

Volveré. Mas, tomad aquesto en prenda.»

Y así hablando, sacaba de su dedo

Una sortija de plateado brillo,

Hasta que el monje dijo:

«¡Quedo, quedo!

Conservad, jovencita, vuestro anillo,

Que daré la lección que vos queréis

Sin que nada paguéis.

Aquí, como doquiera, bien se entiende,

Gratis damos también lo que se vende;

Venid, pues, y guardad vuestro tesoro;

Nada temáis, lucero:

Mis hermanos se encuentran en el coro,

Para mí, sordomudo es el portero,

Y para confesiones tan secretas,

Son aquí las paredes muy discretas.»

Vense en breve amparados bajo el techo

De la celda, y el monje, entusiasmado,

Sin más ni más la tira sobre el lecho,

Y a besarla se va, determinado

A firmar pronto el plácido convenio.

«¡Cómo! exclama la niña sorprendida,

¿Es así como dais lección de ingenio? -

Es así, por mi vida»

Responde el fraile, y de deleite lleno,

Posa su mano sobre el blanco seno.

«¿Y así también? -Sí tal. Es de la ciencia.»

Inés tiene paciencia.

El ingenio con tacto y con acierto

Sigue avanzando, pues Inés aguanta,

Y tanto se adelanta

Que a la fin y a la postre llega al puerto.
A Inesita la cosa daba risa,
Y el monje, con recato,
Repitió la lección a poco rato;
Y viendo a la doncella tan sumisa,
Procedió a la tercera, ardiente y vivo,
Que era el buen padre muy caritativo.
«Decidme, Inés, ¿qué os parece el juego? -
El ingenio nos viene luego, luego,
Dice la bella. Pero, y ¿si se fuese?
-Si aqueso sucediese,
Otro nuevo secreto buscaría. -
- No busquéis, Reverendo, todavía,
Hasta que este apuremos.
-Bueno, comenzaremos.»
Y comenzó como lo dijo el fraile
A quien gustaba el baile.
En fin, tras de lección tan positiva,
Salió Inés de la celda, pensativa.

¡Ya pensativa Inés! ¡Ya reflexiona!
La que tan sólo a hilar estaba pronta,
La sencillota Inés, Inés la tonta!
Todo estaba cambiado en su persona,
Y hasta para encubrir su travesura,
Ideó un embuste la gentil criatura.
Fue a verla al otro día, por la mañana,
Su buena amiga Juana
Que corría más que un galgo,
Y vio en breve que Inés pensaba en algo.
Hizo tanto, que dio con el buen modo,

Y obligó a Inés a confesarlo todo:
Cómo el monje ejerció su ministerio,
El tamaño del genio del buen fraile,
Las diversas figuras de su baile,
 En fin, todo el misterio.
«Y a ti, preguntó Inés, dime, mi Juana,
Quién ingenio te dio. -Sabe, querida,
Que fue tu hermano Pedro una mañana.
-¿Pedro dices, mi hermano? Sorprendida,
No llegó a comprender de do eso viene.
¿Cómo ingenio te dio pues no le tiene?
 Tonta, no sabes nada;
Para llevar a cabo esa jornada
No es preciso tener tanto talento;
Pregunta, si no crees lo que te cuento,
A tu madre, en el juego consumada,
Pregunta, Inés, a cualesquier vecino
 Que halles en el camino,
Y sabrás que no hay nadie como un tonto
Para damos ingenio y bien pronto.»

UN CASO DE CONCIENCIA

Alas cosas más palpables,
De más naturalidad,
Hay autores que, en verdad,
Ponen nombres agradables,
Con suma facilidad.
Todo a sus ojos se dora,
Nada les cuesta la cosa,
Y en cualesquiera mocosa,
Ven luego ninfa o pastora,
Cuando no ven una diosa.
Faltar a esto no podía
Del buen Horacio la llama,
Y si la sierva venía
A refugiarse en su cama,
Era Egéria o era Ifía,
Era cuanto se quería.²
En su cariño profundo,
Puso Dios un día en el mundo
A Apolo, su servidor,
Y le dijo con favor;
«Nombra tú lo que yo fundo. »
Siguiendo esta antigua ley,
Pudiera, si bien se mira,
De mis cuentos en la grey,
Decir, por Lucas, Lucey,
Y en vez de Ana, Silvanira.

² Alusión a los versos de Horacio: H«c ubi supposui dextrum corpus mihi lavo, 1 Ifia el Egeria est: do nomen quod libel Illi. (Lib. 1, sat. II, v. 12-126.)

Por este desaguisado,
Nadie creería en mi locura;
Pero, todo calculado,
Exige el cuento entablado
Que se diga, Ana y el cura.
Era Ana una doncella muy lozana,
Que todos en su pueblo veían con gozo,
Y estando una mañana
En la orilla del río, descubrió un mozo
Que en el agua se entraba y salía fuera,
Nudo como su madre lo pariera.
Era la chica lista,
Y del objeto le agradó la vista.
Era hermoso el doncel, de cuerpo y cara,
Y además, como de Ana era querido,
Aunque no bien formado hubiera sido,
Todo amor ocultara,
Que nadie mejor sastre que él ha sido.
Ana, nada temía,
Pues los altos sauces la amparaban
Como una celosía,
Y con entera libertad vagaban
Los ojos de la niña, yendo al cebo
Que más sus esperanzas solicita
De todos los encantos del mancebo,
Muy digno, en fin, de la atención de Anita.
Al pronto, hizo el pudor que se alejara,
Pero luego hizo amor que adelantara;
El escrúpulo vino de seguida
Y la agitó de nuevo con violencia,
Que Ana tenía conciencia;
Mas ¿hay poder alguno que en la vida
Vencer pueda al deseo,

Cuando procura dúcido recreo?
Alguna resistencia hizo la bella;

Al cabo, examinando su querella,
No creyendo posible, en su ignorancia,
Pecar a ochenta pasos de distancia,
Sentose sobre el musgo, y diligente,
 Ya seria, ya riente,
Miró con gran ardor y gran constancia.
¿No habéis visto copiar algún modelo?
Se coloca desnuda una criatura, Adán o
Eva, es igual, alto del suelo,
Tomando para el caso una postura,
Y con el arte que su mano acopia,
Los pintores atentos, sacan copia.
De esta manera, Anita, en su memoria,
Aunque no era en dibujos entendida,
Sacó copia también, muy parecida.

 Según dice la historia,
Cuando el mancebo Juan salió del agua,
Estando cerca de ella el enemigo,
Fogoso, cual saliendo de una fragua,
 Ana dejó su abrigo,
 Y se fue presurosa.

¿Quién creyera que aquesto así parase?
Pero es verdad. Ana, la escrupulosa,
Aunque marchando con furor, pensase
En lo que la dejaba enajenada,
 Febil y avergonzada,
No quiso dar a Juan aun aquel día.
Lo que otra, en su lugar, dado le habría.

Llegó la Pascua, y fue nuevo motivo
 Para Ana, de tormento,
Que haciendo de sus faltas el recuento,
 Halló el recuerdo vivo
Del lance, que a su amor era incentivo.
La doncella, guardarse o quería;
Pero, el cura Don Lucas, que sabía
Descubrir los pecados más secretos,
La hizo que aligerara su conciencia,
Contándole los datos más completos,
Para dar al error la penitencia,
 Que un confesor amigo,
No debe ser injusto en el castigo.
Y así dijo su grande Reverencia:
 *«Es grande sensualidad,
 Ana; muy grande, e insisto,
 Porque te digo, en verdad,
 Que en este trance apurado,
 Lo mismo es haberlo visto,
 Hija, que haberlo tocado.»*
Fue empero su castigo cosa leve,
Y no dio a la doncella pesadumbre.
Pero, precisa que a otro punto os lleve.
Es en el pueblo de Ana una costumbre
Que pague al confesor el confesado,
Por haberle sus faltas escuchado,
 Un amable tributo,
 Que suele, en absoluto,
Estar en relación con el pecado.
Estaba Anita del tributo inquieta
Y era para ella verdadero escollo,
 Cuando su ansia secreta

Calmó su amante Juan, dándola un sollo;
Un sollo de valía,
Que había pescado al despuntar el día.
Anita, se apresura

A llevarlo a Don Lucas, su buen cura.
Admira éste el pescado y lo pondera,
Toca la cara de ella y luego toca
Su barba y dice: «Nada mejor fuera,
Viene de molde, ni a pedir a boca.
Es hoy día de Calenda³, Ana querida,
Y tengo convidados,
Que serán con el sollo regalados;
Mas para que la gracia sea cumplida,
Prepáralo en tu casa, si te place,
Pues tengo ahora nueva cocinera,
Que no sabe muy bien lo que se hace,
Y echar esto a perder lástima fuera.

Tan luego esté guisado,
Me lo traerás aquí. -Por de contado.»
Poco a poco los curas van llegando;
Hay grandes reverencias y saludos,
Y poco a poco, con deleite hablando,
A la vasta bodega van bajando,
Y se agitan ruidosos los embudos,
Vertiendo de continuo
En claras copas delicioso vino.
La bulliciosa plática, no cesa
Por sentarse a la mesa,

³ Día en que los curas de la diócesis se reúnen para hablar de sus asuntos en casa de algunos de ellos que los convidan generalmente a comer. Esto se hace todos los meses. (Nota de La Fontaine.)

Y sería largo y por demás prolijo
Deciros todo lo que allí se dijo.
Sirvió el ama la sopa y el asado,
Los platillos de dulce sirvió el ama,
Sirvió la fruta, el ponche azucarado
Cerró la marcha con su alegre llama,
Pero, el sollo no vino, aquel pimpollo
No pareció en la mesa; no hubo sollo.
Juan a quien Ana el caso confiara,
La impidió que a Don Lucas lo llevara,

Pues tenía sus razones.

Estaban para dar las oraciones,
Cuando Don Lucas presentose a Ana;
La trató de infeliz, de tonta y vana,
Por tan bestial engaño,
Por engaño tan torpe y alevoso,
Y la echó en cara, lívido y furioso,

La aventura del baño.

Y así le dijo Anita,

Con pérfida y taimada sonrisita:

*«Fue mera casualidad,
Padre mío, pues he creído,
Y perdonadme si insisto,
Ya que digo la verdad,
Que en este trance ocurrido,
Era igual haberlo visto,
Padre, que haberlo comido.»*

LAS GAFAS DE LA ABADESA

En más de una ocasión me había jurado
No volver a ocuparme de las monjas,
Asunto que pudiera ser cansado,
 Pues hasta las lisonjas
Acaban por no verse con agrado.
Más ¿cómo renunciar a aquesta mina
 Tan copiosa y divina
En juegos del amor, en bizarría,
En donosuras del ingenio humano,
 Que ningún escribano
Acabar de escribir conseguiría?
Aunque sé bien que hay más de un horizonte,
Siempre vienen mis versos a lo bello
De las queridas monjas, por aquello
De que siempre la cabra tira al monte.
Pero, en fin, lo prometo, y ésta, en suma,
Será la última vez que hable mi pluma
 De monjas y conventos
 En los presentes cuentos.
Fue el caso que, una vez, un jovencito
 Agraciado y bonito,
Que aun a los quince abriles no llegaba,
Como doncella entró en un monasterio,
Sin que ninguno oliese aquel misterio,
Pues ni siquiera el bozo le asomaba.
Aprovechó el mancebo de su audacia,
Y la fortuna cupo a sor María;
¡La fortuna! En verdad, mejor diría
Diciendo que le cupo en desgracia,

Pues tuvo que ensancharse la cintura,
Y tuvo que parir una criatura
Tan parecida a la doncella-macho
Como lo es un capacho a otro capacho.
Fue en la abadía muchísimo el escándalo.
«¿Por qué agujero aquí se habrá caído
Este pequeño vándalo?
Decía una hermana, ¿quién nos lo ha traído?
¿Acaso, entre una col habrá nacido?»
La priora armó un tiberio,
¡Haber manchado así su monasterio!
Y blanca, cual la cara de un difunto,
Puso a la monja en duro cautiverio,
Y comenzó a pensar en el asunto.
«¿Cómo penetró aquí, de qué manera?
Alto es el muro, antigua la tomara,
Y el torno tan pequeño
Que por él un mancebo no cupiera.»
Y la priora añadió frunciendo el ceño:
«¿Será acaso un doncel, de esos perdidos
Para los que no hay nada de sagrado,
Lobo entre mis ovejas descarriado?
Vamos, hijas, quitaros los vestidos,
Que he de ver si mi plan es acertado. »
El lindo jovencito
Vio el castigo venir tras el delito,
Pues por más que su espíritu buscaba,
El modo de salvarse no encontraba.
Al cabo se le vino a la cabeza
Atarse ... ¡duro trance el que me obliga!
Atarse ... Yo no sé cómo lo diga
Para decirlo con delicadeza.
Habréis oído decir, la cosa es llana,

Que allá, en tiempos mejores,
Había en el cuerpo humano una ventana,
Que permitía mirar sus interiores,
Cosa útil, en verdad, a los doctores.
Pero, este don de los humanos seres,
No era satisfactorio a las mujeres,
Que no podían al cabo ocultar nada,
Siendo vendidas a cualquier mirada.
La natura, la pródiga natura,
Queriendo de sus hijos ser querida,
Dio dos cintas de idéntica medida
Para que cerrasen la apertura.
La mujer se apretó como es costumbre,
Y le costó una grande pesadumbre;
El hombre, mal desempeñó su encargo,
Estando en sus asuntos siempre absorto;
Y resultó que el lazo quedó corto
A la mujer, y al hombre quedó largo.
Ya ahora veréis, sin malgastar más tinta,
Lo que se ató el doncel enamorado:

Fue el cabo de la cinta
Que de entonces al hombre le ha sobrado.
Con un hilo lo ató de tal manera

Y con tanta maestría,
Que liso cual doncella parecía.
Pero, ¿quién en su caso resistiera?
Los querubes, los ángeles, los santos,
Aunque tuvieran fuerzas inauditas,
Sucumbieran al ver cuántos encantos
Mostraron ruborosas las monjitas,
Que eran todas modelos sin segundo,

En las bellezas que a la vista escapan,
Y que sólo ve el sol del nuevo mundo⁴.

Pues aquí se le tapan.

Tenía puestas las gafas la priora
Para juzgar el caso con cordura,
Y descubrir cuál era la criatura
Que del desaguisado era la autora,
Y en tan duro momento,
Sin manto ni ropaje,
Estaban veinte monjas con un traje
Que no hizo la modista del convento.

Si grande fue el delito

El castigo del mozo era infinito,
Y pronto a la razón se manifiesta

En que paró la fiesta.

La carne, en sus creaciones tan distinta,
Los frescos cuerpos de delicias llenos,
La morbidez de los redondos senos,
Animaron el cabo de la cinta
Que rompió el hilo y se escapó furioso
Como corcel fogoso
Que la brida no enfrena en sus deslices,
Y fue a dar la priora en las narices.

Grave era la cuestión a más de un título;
Se reunieron las monjas en capítulo,
Y después de citar cuantos autores
Sobre análogos casos han hablado,
A las viejas el mozo fue entregado,
Para que en él saciaran sus rencores.

⁴ En América, donde los indios iban desnudos.

Al jardín le bajaron
Y a un árbol me lo ataron;
Y en tanto que una entraba en las cocinas
A buscar las escobas y escobones;
Que otra corría a sacar las disciplinas;
Mientras otras, temiendo las razones
De las monjas de tiernos corazones,
 Que ya se lamentaban,
 Sin más, las encerraban;
En fin, mientras el hado de él amigo,
Tenía lejos del campo al enemigo,
Aparece en su mulo un molinero,
Buen hombre, campechano,
De rostro rubicundo y cuerpo sano,
Para con las mujeres retrechero.

 ¡Qué es lo que veo! exclama.
¿Cómo te hallas en esa desventura?
¿Es del convento acaso alguna dama
Con la que has consumado una locura?
¿Era amable, graciosa... te gustaba?
Pues cuanto más te miro, doncel mío,

 De creer mi mente acaba
Que eres en el amor mozo de brío,
Capaz de arremeter con una toca. -
¡Dios! dice el otro, ¡cuánto se equivoca!

 Mis tristes sinsabores
No vienen, ¡ay de mí! de lo que piensa,
Sino de haber huido sus amores,
Que nunca cometiera tal ofensa
Aunque me diesen un quintal de oro,

 Y hoy el ser bueno lloro.»

Riéndose, el molinero lo desata,
Y se hace atar con el mayor sosiego,
Mientras de tonto y tímido lo trata.
«Toma al instante las de Villadiego,
 Le dice, que ya he visto
Que no eres mozo para el caso listo.
Yo tengo, amigo, lo que a ti te falta,
Y si la cuerda a lo mejor no salta,
Sean jóvenes o no, bien o mal hechas,
He de dejar a todas satisfechas.»

No esperó el joven nuevos argumentos,
Lo dejó cara al árbol maniatado,
Y se alejó en cortísimos momentos,
Pues el cuero monjil había asomado
 Por bajo las cocinas,
 Llevando cual pendones
Grandes escobas, largos escobones,
Y finas y flexibles disciplinas.
Al momento rodean al molinero,
Pero él exclama pronto, dolorido
El lomo ya de aquel primer zurrido:
«Calma, señoras, calma sólo quiero
Para poder probaros vuestro engaño;
 Yo no soy el de ogaño,
El que no podía ver a las mujeres;
Yo sé muy bien de un hombre los deberes,
Y nunca una mujer me ha dado quejas,
Y si miento, cortadme las orejas.
Si para cierto juego queréis algo,
Os juro que en él hago maravillas;

Pero, dejad tranquilas mis costillas,
Pues para recibir palos, no valgo.
-¿Qué dice este avestruz? clama una monja;
¡Qué! ¿No eres tú el autor de la criatura?...
Pues mal ha de saberte la aventura,
Te vamos a poner como una esponja,
Y pagarás por él su travesura;
¡Toma, toma bribón! ¿Es éste el juego
Al que tienes apego?»
Y el pobre molinero recibía
Un palizón cumplido,
Y a gritos les decía,
Pensando no le hubiesen comprendido:
«Señoras, os haré cuanto queréis
Hasta que satisfechas os quedéis.»
Cuanto más así hablaba,
Más la turba monjil se entusiasmaba,
Y no había golpe nulo.
En tanto, alegre el mulo,
Sobre la fresca yerba retozaba.
Qué fue, al fin, de los dos, no lo he sabido,
Y nada al cuento importa,
Ya que el joven fue a tiempo socorrido,
Punto que place y al lector conforta.
Pero apuesto que no hay joven o viejo
Que pensando en sus ansias infinitas,
Ni por veinte monjitas
Quisiera haberse visto en su pellejo.

LA AYUDA

Si tanto place de verdad la copia,
Que la mente de asombro deja muda,
¡Cuánto no ha de gustar verla desnuda!
Siempre que puede mi razón la acopia,
Y, vertida en mis cuentos, siempre veo
Que es manantial de júbilo y recreo.
Fingir conviene el nombre verdadero,
Y todo lo demás puede contarse,
Y en todos sus detalles relatarse;
El nombre ha de quedar en el tintero,
Pues que callarlo es un deber, en suma.
Así en esta ocasión hará mi pluma.

Cerca del Mans, que es tierra de sapiencia,
De normandos la flor más petulante,
Una moza gentil tuvo un amante
 De gallarda presencia,
Tan fresco que el mirarlo daba gozo,
Y tan joven que apenas tenía bozo.
Era rica y hermosa la doncella,
Por soberbio partido se tenía,
 Y todo el Mans corría
A ofrecer ambas manos a la bella.
Pena vana, pues su corazoncito
Ardía por el citado jovencito.
Sólo los padres, por manías de viejos,
De otro hablaban, enjuto y pelilargo.

Hizo tanto la joven, sin embargo,
Y no sé si con llantos o consejos,
 Pero, la cosa es cierta,
Que el amante encontró la puerta abierta.
Los viejos se rindieron y miraron
Al mozo con agrado y sin tibieza,
Ya porque fuese grande su nobleza,
Ya porque de su gusto lo encontraron,
O ya por otra cosa, que es forzoso
Que todo salga bien al que es dichoso.
Los dos viejos que atento le observaban,
Veían que era su amor fino y certero,
Y esperaban. ¿Aun más?
Pues ¿qué esperaban?
Los viejos esperaban el dinero.
Los dulces bienes de la edad de oro,
No son hoy sino torpes ilusiones,
 Y en el Mans no es desdoro
Tener doblas en vez de corazones.
De los abuelos la constante calma,
 Hizo al fin que la bella,
Que escuchaba de amores la querella
Y era ya del galán con toda el alma,
El enlace apuró sin escritura
 Ni bendición del cura.
No reparó el amor en el erario
Del garrido doncel, y todo junto
Fue cura, fue escribano y fue notario.
Los padres no supieron el asunto.
Héte aquí nuestro mozo satisfecho,
Con su adorada y en el mismo lecho.

Decir cómo pasó muy fácil fuera,
Que engañar, una criada siempre sabe,
 Y de hacer una llave,
El que paga, he encontrado la manera.
Gozaba pues, en paz, de su ventura,
Sin alarmas, ni quejas, ni amargura.

Empero, sucedió que cierta noche
Que la hermosa indispuesta se encontraba,
Dijo al aya, que todo lo ignoraba,
Pues charlaba la vieja a trochemoche:
«Estoy mal. -Sé lo que es lo sé sin duda,
Dijo la otra. El remedio es una ayuda,
 Y mañana temprano
Os quedará, señora, el cuerpo sano.»
Llegó poco después fresco y contento
El mozo, que de amor se consumía,
Y también un alivio requería,
Que cada cual conoce su tormento.
Muy poco hacía que disfrutaba el sueño
Que viene tras el dólido beleño
Del amoroso afán, cuando la aurora
Con su dedo de rosa diligente,
Descorrió las cortinas del Oriente,
Y como vieja, al fin, madrugadora,
El aya entró en el cuarto, con la ayuda
Preparada, terrible y puntiaguda.
La doncella no tuvo aquí entereza,
 Pues todo habría pasado
Con dejar al amante bien tapado.
Mas la emoción trastorna la cabeza,
Y no era, al fin, el caso para risa.

El amante, enterado, fue galante,
Y presentó por ella, en el instante,
Aquello que Brunel mostró a Marfisa^{5*}.
El aya se caló los espejuelos,
Y ensayó su maestría
En el doncel, y luego, sin recelos Desapareció por donde entrado
había.
Váyase al diablo, y en su unión, aquellas
Que estorban los amores de las bellas.

⁵ Es decir, *Il fondo delle rene*, las asentaderas. Alusión a un pasaje del *Orlando innamorato* de Bojardo. Brunel, perseguido por Marfisa, cuya espada había ocultado,

Tal volta i panni ¡ti capo si levuva,
E squadernava (intendetemi bene
Con riverenzia) il fondo delle rene.

(Orlando innamorato, lib. 11, canto XI, ott. 6.)

EL REY CANDELIO Y EL ABOGADO ROMANO

Muchos son causa de su mismo daño,
Y Candelio lo prueba claramente,
Pues fue este rey un tonto de tamaño,
Y además de ser tonto fue imprudente.
«Bien veis, dijo un día a Celio, su vasallo,
De la reina la gracia y la hermosura,
Pues vale mucho más lo que me callo,
No hay como ella en el orbe otra criatura;
Quien no la vio cuando desnuda brilla,

 No ha visto maravilla.

Enseñáros la quiero, pues sé el modo
De poderla mirar sin que lo note;
Pero, Celio, mi amigo... no séais zote,
Sólo para admirar mirarlo todo.
No tendría gusto en ello, si de amores
Sintieseis por la reina los ardores;
Contemplad su desnuda donosura
 Cual la de una escultura;
 Veréis que no os engaño,
Y que ni arte, ni amor, ni pensamiento,
Pueden imaginar tanto portento.
 La he dejado en el baño;
 Venid a ser testigo
De mi felicidad; venid, amigo.»

 Corren, y Celio admira,
Se siente de sorpresa poseído,
 No sabe si delira

O si es verdad lo que abrasado mira.
 Callar habría querido
Y no decir al rey lo que pensaba;
Pero el silencio, al fin, lo delataba,
 Y lo más acertado,
Era el exagerar, por de contado.
Dio rienda suelta a su emoción sincera,
Y al soberano habló de esta manera:
«¡Ay! qué mano, qué pie, qué hombro, qué
 /codo,

 Qué seno, qué cadera,
Qué garganta, qué muslos... ¡ ay! ¡qué todo!
 ¡Oh! sois, mi rey Candelio,
El hombre más feliz, a fe de Celio.»
De esta enumeración tan halagüeña,
 La reina no oyó nada,
Y de oírla se tendría por ultrajada,
Que entonces la mujer era zahareña.
Háse cambiado mucho su manía,
Y períodos tan dulces y sentidos,
 A las damas del día
No desgarran, en suma, los oídos.
Celio, entre tanto, ansioso suspiraba
Y de ver y mirar no se cansaba,
Pues todo en aquel cuerpo era precioso.
El soberano, un tanto cuidadoso,
En su unión se alejó;
Celio, sin calma
 Llevaba herida el alma,

Y vano es el correr, el huir es vano
Cuando siguen al hombre los amores,
 Que sus tiros traidores
Alcanzan siempre al corazón humano.

Fue Celio con su príncipe discreto,
Pero a la reina, supo enamorarla,
 Y creyendo calmarla,
Del mal, el rey la reveló el secreto.
¡Infeliz! ¿por ventura no sabía
 Que aqueste bestial hecho,
Agradar a una reina no podía?
¿Que aún estando gozosa,
En el dulce misterio de su pecho,
Exige su pudor que esté furiosa?
El furor fue esta vez muy verdadero,
Y tan violenta fue su destemplanza,
 Que con acento fiero
 Juró tomar venganza.
Necesario sería que mujer fueras
Lector gentil, pues sólo así pudieras
 Comprender el encono
De esta mitad del candefiano trono.
¡Ver un simple mortal las tan preciadas
Dotes para los dioses reservadas!

Vergüenza, rabia, enfado,
Todo de su rencor acrecia el fuego,
Dicen que amor también entró en Juego;
¡Qué mujer ante amor no se ha postrado!
Celio era lindo mozo, fino, amable;

Tan sólo odiaba al que la había vendido,
Que, al cabo, era marido,

Y en estos, no hay pecado perdonable.
Mas, ¿para qué alargar este proemio?
Celio, de su carifío tuvo el premio,

Y su amoroso poema
Puso en la sien del rey una diadema
Que muy pocos desean,
Y muchos, sin embargo, enseñorean.
De su tontuna, al cabo, era el castigo;

Pero, el amante tierno,
Y la amiga cruel de aquel amigo,
Despacharon al rey para el Averno.
Un brebaje lo echó a la negra orilla,
Mientras Celio admiraba su costilla,
Pues fuese amor, o celos, o despecho,
En breve de la reina el gran encono,

Lo puso sobre el trono,
Y lo metió en su lecho.

No esperaba alargaríne en esta historia,
Ya por demás sabida,
Mas refrescar conviene la memoria,
Y a otro cuento me apronto de seguida.
Roma en esta ocasión será la escena;
No la Roma de antaño, triste y fría,
Glacial, contraria a la galantería,
De mujeres severas toda llena,

Mas la moderna Roma
En que el placer por cada calle asoma,

Con pecho tierno y deslazado traje,
 Sin tibiezas, mi amaños.
¡Ay! quién tuviese veinte o treinta años,
Sería cosa de hacer ese viaje!
Existió pues en Roma un abogado,
 Que cátedra tenía,
Sujeto tan guasón como taimado,
 Que en todo se metía,
Y era hablar de los otros su alegría.
 Sucedió que el legista,
Que tenía de escolares larga lista,
Tuvo un francés, a quien, por sus ardores
Y los hondos suspiros de su pecho,
Consideró más apto a los amores
 Que a un curso de derecho.
Viéndolo un día turbado y taciturno:
«Amigo, díjole, perdéis el turno,
Pues a juzgar por vuestra catadura,
Os acostáis al son de la retreta.
¿Es posible?
¡Un francés sin aventura,
Habiendo en la ciudad tanta coqueta! »
El otro dijo:
«No conozco a Roma,
Y exceptuando a la mujer que fía
La imagen del placer, por lo que toma,
No halló aquí pasto a la galantería.
Parece cada casa un monasterio,
Rejas, puertas, cerrojos, la portera,
En la sala el marido grave y serio,
Un Argos furibundo en la escalera,
¿Cómo he de penetrar tanto misterio?
Coger la luna más posible fuera.

-¡Coger la luna!... dijo el abogado,
Sois para nuestro honor muy delicado.
La gente como vos, me maravilla.
¿Creéis imposible, pues, las aventuras?

Sabed, amigo mío, que en nuestra villa
Abundan las criaturas
Que conocen de amor las travesuras,
Que saben del amor todo el retablo,
Y que aunque entre cien Argos estuvieren,
Son capaces, si quieren,
De ponerle los cuernos al diablo.
No es la materia aquí tan inaudita;
Dejad ver que de amor estáis privado,
Id a la iglesia, y con afán y agrado,
Ofrecedles, al paso, agua bendita.

Si a alguna gusta el paje,
No tardará en mandaros un mensaje,
Pues sabrá descubrir vuestra morada,
Aunque sólo de Dios sea conocida;
Una dueña, en el arte consumada,
Os fijará una cita bendecida.

No perdáis tiempo en nada.
Nada, es mucho decir, exceptúo algo,
Pues bueno es preveniros,
Y conviene deciros

Que aquí se aprecia en lo que corre a un galgo.
En Francia, los recreos son deliciosos,
Pero aquí los momentos son preciosos;
Las romanas van rectas al asunto.»
Y el otro: «Qué me place, pues os digo
Que soy muy bueno para el lance, amigo,

Y nadie me aventaja en este punto.»

Aunque con cara seria,
Y aunque no era gascón, ni por el nombre,
Tal vez mentía, pues casi siempre el hombre
Miente en esta materia.

No mintió del doctor el axioma.
Fue el joven a una iglesia donde iba
La nata y flor de Roma,
Que no es caso que ahora aquí describa;
Gracias con atractivo sobrehumano,
Venus con sortilegios peregrinos;
En lenguaje cristiano,
Angeles femeninos.

Bajo el velo brillaba la pupila;
Cerca de cada puerta había una pila,
Y el mozo escogió una
Que juzgó favorable a su fortuna.
No hubo cara gentil ni labios rojos,
Que no mirase con amantes ojos,
Haciendo muy devota reverencia
Cuando el agua ofrecía.

Hubo un ángel, al fin, en la asistencia,
Que la aceptó con suma gallardía,
Y se dijo el mocito:

«Ya cayó la infeliz en el garlito.»
Fue a su casa, llegó a poco la vieja,
Le dio una cita a la que fue con maña.
¿Es preciso contaros la campana
De la dulce pareja?

Era ella de magnífica hermosura,
El buen mozo y amable,

Dicen que hicieron más de una locura,

Y el pasatiempo fue muy agradable.
El joven al doctor puso al corriente,
Que discreción francesa es un delirio,
 Y en suma, es un martirio,
El no poder decir lo que se siente.
Quedó muy satisfecho el abogado,
 Y se rió como un bobo
 Del marido burlado,
Que dejó entrar en su rebaño al lobo.
Guarda un pastor cien cabras y a la sola
Que al hombre en suerte cabe,
 Nunca guardarla sabe,
Pues se tiende y se duerme a la bartola.
Difícil la cuestión le parecía,
Pero imposible, no. La que él tenía,
Y eso que era de genio muy astuta,
 Estaba bien guardada,
Y nada en ella había de... disoluta,
Y en la cabeza de él, tampoco nada.
Ante una afirmación tan especiosa,
No creerás si te digo en el momento
 Que la heroína del cuento,
Del romano doctor era la esposa;
 Y sin embargo lo era,
No lo dudes, lector, ni por asomo.
Y lo peor fue que preguntado el cómo,
Y el cuándo, y la ocasión, y la manera,
 Si era dulce su trato,
Qué secretos encantos poseía,
Al cabo, el doctor vio que, el otro, hacía

De su esposa el retrato.
Una duda tenía su ansia celosa;
Era un talento, un amoroso cebo
Que en su cara mitad halló el mancebo,
Y que nunca encontrará él en su esposa.
 «Está visto, no es ella,
 Murmuraba el marido.
Es ella, me lo tengo muy sabido.
Empero, siempre en casa está en querella,
Mientras que la que él dice es muy afable,
Habla de una manera muy amable;
 ¡Vamos, vamos, es otra!
No en vano dicen que yo tengo potra.
Sí, pero ¿y lo demás?...
Ya me taladra
La duda nueva vez; la gallardía,
La cara y el color, todo la cuadra.
 ¡Vaya, vaya, es la mía! »
Al cabo de decir: «Ella es -no es ella»,
Convino en su interior el abogado
Que era bien su mujer aquella bella
Que a su alumno dejara entusiasmado.
Grande fue su furor, mas concentrado.
Y preguntó con voz algo contrita:
«¿Habéis pactado una segunda cita?
 -Sí tal, está pactada;
Ha sido la primera muy fecunda,
Para no preparamos la segunda,
Pues no está bien que nos debamos nada.
 -Amigo, sea en buen hora,
Y sédos favorable vuestra estrella.
Mas, desearía saber en dónde mora
 Y también quién es ella.

-Saberlo no he podido,
Sólo sé los placeres que he gozado;
Pero, os aseguro que el marido,
Tiene en la cornamenta un alto grado.
Si para ser gran cruz algo le falta,
Mañana por la tarde,
En tal sitio, a tal hora, sin alarde,
Me prometo obtenerle vara alta
Y hacerlo de una vez noble magnate.
La beldad entre sábanas se halla,
Buen campo de batalla
Para aquearse combate.
La tierna cita es en un cuarto bajo;
Primero atravesé por un pasaje
Oscuro y empinado como un tajo;
Pero luego, la vieja del mensaje,
Me condujo a una estancia
Muy rica y llena de sin par fragancia,
Donde encontré el placer, grande, infinito,
Y me podéis creer, pues soy perito.»
El bueno del doctor, oyendo al otro,
Estaba como crujo sobre el potro,
Y pensó trasladarse al otro día
Al hogar de la dama de la historia,
Y si era la señora que creía,
Castigar de tal modo su falsía
Que quedase memoria.
No estaba en este caso el abogado
Muy bien aconsejado.
Mejor era callar y ver el medio
De poner, a su tiempo, buen remedio.
En tanto que se es neófito sólo

Al pacífico estado de comudo,
Muy santo no aguardar como Bartolo
A serlo, y libertarse, aunque lo dudo.
Pero una vez que se zampó la torta,
Algo más, algo menos, ¿qué le importa?
El doctor razonó de otra manera,
Y no fue su conducta muy certera.

A la hora convenida,
Se marcha a la mansión de la aventura,
Creyendo que en la entrada, por sí oscura,
Con la cara escondida,
Podría llegar al sitio afortunado
En vez del estudiante deseado.
Por desgracia, la vieja,
Que era tan prevenida como gorda,
En su mano maneja
Una linterna sorda.
Reconoce al doctor, y con sonrisa
De agradable tornera de convento:
«Esperad un momento,
Ahora prevengo a la señora Elisa,
Que no puedo sin esto presentaros;
Y no debo ocultaros,
Que para ver a mi graciosa dama,
Debéis dejar de lado vuestro escudo,
Debéis estar desnudo,
Pues que ella está en la cama.»
Y esto diciendo, empuja al abogado
En un cuarto muy lindo y alhajado;
Había sobre una silla,

De un hombre los calzones y la almilla,
De una mujer la bata,
Y en ella, un rosco hecha,
Serena y satisfecha,
Una bonita gata.

De esencias había más de una redoma,
Las mejores de Roma;
Entrar en más detalles necio fuera;
Todo estaba tan limpio y tan perfecto
Cual si venir debiera
El cardenal prefecto.
Se desnuda el doctor, llega la dueña,
Expone de su dama los anteojos,
Y le venda los ojos
Para que del local no tome seña.
Lo conduce, con recias sacudidas
Por un pasaje estrecho,
Y al cabo de cien idas y venidas,
En tan raro pertrecho
Lo abandona en un patio bullicioso,
Por demás enfadoso,
Pues era el de la escuela de derecho.

¡La escuela de derecho!...
Habéis oído
Muy bien, y claramente comprendido.
Sorprendido, confuso, avergonzado,
Nuestro pobre abogado
Creyó perder el juicio y el sentido.
De tan pesada broma,

Quedó en breve enterada toda Roma.
Para colmo de males y chacota,
La turba estudiantil que diligente
En el patio esperaba a su regente,
 Al verlo se alborota,
 Es general.la risa.
«¿Se ha vuelto loco?...
¿Cómo está en camisa?
¿Acaso fue por lana el abogado
 Y vuelve trasquilado? ... »
 No paró aquí la fiesta.
Su mujer se quejo con amargura
De su torpe conducta deshonesta;
La familia ahogó por la criatura,
Y dio al esposo colosal somanta:
 Ella, en todo una santa,
 Él, en todo un demonio.
Y en suma, que te cuadre o no te cuadre,
Lector, el santo padre
Acabó por romper el matrimonio.
Y la dama, siguiendo su fortuna,
Se fue al convento de San Media Luna⁶.
 En donde tomó el velo,
Desplegando en servirlo un grande celo.

⁶ Es fácil comprender el sentido que La Fontaine da a este santo imaginario; el origen de este nombre aplicado a aquello que menos tiene de santo, se halla a nuestro juicio en el pasaje de la Desposada del rey Garbe, cuando Alaciel, contando su viaje a su padre, dice: «Aquellas señoras me recibieron perfectamente, y a su lado he servido con devoción a uno de sus ídolos favoritos.

Llámanle San Media Luna, y todas las mujeres de aquel país tienen gran devoción hacia él.»

EL PERRITO MILAGROSO

Para abrir el arcón de los doblones
 O de los corazones,
 Sirve la misma llave,
Y el astuto Cupido bien lo sabe,
Pues escrito lo lleva en sus pendones.
Cuando exhaustas de fechas ve sus manos,
A este recurso acude diligente,
Y con razón, qué ¿quién odia un presente?
Por los dones se mueren los humanos,
 Sean príncipes o reyes,
Sean los curiales que nos dan las leyes.
 Y así, cuando una bella,
Un regalo recibe con delicia,
 No la busco querella,
 Pues bien puede hacer ella
 Lo que hace la Justicia.
Un togado de Mantua tomó esposa.
Él se llamaba Juan, ella Florinda;
Él ya canoso, y ella fresca y linda,
 Y a más de linda, hermosa.
 No contento el marido,
Aumentó con sus celos la valía
De este tesoro que tenía escondido,
 Y, en verdad, merecía
Por los más agraciados ser servido.
Y lo fue con afán, mas sin fortuna,
Pues la bella dejó que suspiraran,

Trovasen y cantaran,
Sin emoción alguna.

Tenía amor domicilio establecido
En casa de este juez, cuando el Estado,
Por asunto muy serio y delicado,
Con nuestro santo padre mantenido,
Pensó en mandar a Roma una embajada;
Y como Juan tenía lengua afamada,
Y era rico, le dieron el encargo
De partir con activa diligencia.

No fue sin resistencia
Que aceptó Juan un trance tan amargo,
Que era el asunto, asunto del demonio,
Por demás embrollado, y no sabía
El tiempo que su ausencia duraría,
Y si sería fatal al matrimonio
El honor que el Estado le infería.
Larga embajada y largas excursiones,
Al traste dan con la mujer más fiera,

Y por estas razones,
Juan a su esposa habló de esta manera:
«Nos separan, Florinda, sed constante
Al que sólo a vos quiere, a vuestro amante.
Juradlo, por mi bien, que mis anhelos
Pueden tener razón de tener celos.
¿Qué viene a buscar en esta casa,
Tanto galán que ante la puerta pasa?

Me diréis que hasta ahora
En vano han suspirado y han gemido,
Y lo sé; pero, creedme, y sin demora
Mientras estoy en Roma detenido,
Marchaos a nuestra quinta de Perálos.
Huid la villa, los hombre, los regalos.

Son estos del amor armas terribles
Y en este punto mi experiencia abono.
El don fue siempre padre de abandono.
Sorda quede a su voz vuestra hidalguía,
Como a su hermana la zalamería.
Cuando vengan a vos mozos galanos,
Cerrad pronto los ojos, y las manos.
Nada os faltará, no; a la cabeza

Quedáis de mi riqueza;

Oro, billetes, títulos y bonos,
Disipad cual os plazca mi fortuna;
Si os falta, pedid a mis colonos,
Que yo no he de pedir os cuenta alguna.
Divertíos y alegraros, mi paloma,
Placeres y recreos poder tenéis,
Menos los del amor, que guardaréis
Para cuando regrese yo de Roma.»
El buen hombre olvidaba, o no sabía,
Pues en esto más saben las mujeres,
Que no hay dable placer, sin los placeres

Que a Florinda prohibía.

Humilde empero como una borrega,
La dama prometió ser sorda y ciega,
Poner cara de palo
Al amor, al galán y aun al regalo,
Y que, por muy seguro se lo daba,
La encontraría, al volver, cual la dejaba.
Tan lue o partió a Roma su marido,
Al campo fue su esposa,
Y la cohorte amorosa,
Yéndola a ver miró su afán cumplido.
Aquella insulsa turba la estorbaba,

La cansaba, la hastiaba y la adormía
Cuando el ardor de su pasión contaba;
 Y tan sólo uno había
Que la gustase; joven de buen porte,
En la gracia y belleza soberano,
 Mas cuyo amor insano
No pagó de Don Juan la fiel consorte.
Atís era la gracia del galante,
Y su carrera, caballero andante.
No miró a los suspiros, ni aun al oro,
Por lograr el objeto de su lloro,
 Y pluguiera a los cielos
Que sólo suspirase en sus anhelos,
Pues suspirar es fuente inagotable;
Disipó su dinero en un momento,
 Y a lo mejor del cuento,
Se vio, sin lograr nada, miserable.
Pensó que lo mejor era ocultarse,
Y a un sitio solitario retirarse.
Iba pensando en su dolor esquivo,
Cuando halló un hombre que con saña fiera,
Una sierpe buscaba en la junquera,
Y buen Atís le preguntó el motivo.
«Quiero matarla, dijo el aldeano.
-¡Matarla! dijo Atís.
Pues ¿por ventura,
No es también del Creador una criatura?
Deja que viva en paz, déjala, hermano! »
Bueno es saber que el joven no tenía
 Ninguna antipatía,
 Como tiene la gente,

Por los reptiles y sus pequeñuelos,
Pues que contaba ya entre sus abuelos,
Cadmo, que en su vejez, se hizo serpiente⁷.
Renunció a sus designios el labriego,
Y la culebra huyó, mientras el mozo
Llegaba a un sitio lleno de sosiego,
En el que se instaló con alborozo.
Profundo era el silencio, que turbaba
Rara vez, algún ave que cantaba;
Igual era la dicha y la miseria
En tanta soledad, en tanta calma;
Empero, no encontró el doncel materia
 Para endulzar su alma,
Pues amor le siguió, y aquella Hesperia
Fue de su sinsabor nuevo incremento,
Viéndose solo, allí, con su tormento.
«Volvamos, dijo al cabo, pues me mata
El no estar a su lado, y es mí suerte.
 Más vale verte ingrata,
Adorada Florinda, que no verte.
Adiós, bosques serenos, frescas flores,
Arroyuelos y pájaros cantores,
Forzoso me es partir, pues que no es vida,

⁷ *P Ovidii Nasonis Metamorph.*, lib. IV, 13. Ariosto dice:

Era d'antigua e Tonorata gente,
Che discendea da que lignaggio altero
Ch'usci d'una mascella di serpente.

(Canto XLIII, oct. LXXIV)

Sempre solea le serpi favorire
Che per insegna fl sangue suo le porta,
In memoria ch'usci sua prima gente
D' denti semianti di serpente.

(Oct. LXXIX.)

Lejos vivir de la mujer querida.»

Volvía pues el esclavo a los tan duros
Trances del cautiverio que perdiera,
Cuando estando ya cerca de los muros
 Que un hada construyera⁸,
 A la risueña hora
 En que parte la aurora,
Vio una niña de rostro peregrino
 Que del Micio salía⁹,
Y parándose en medio del camino,
Con acento piadoso le decía:
«Quiero que seas feliz, Atís gracioso,
Y lo puedo, pues soy Manto, la hada;
Bien conoces un nombre tan famoso
Que tomó esa ciudad, Mantua llamada,
Pues la elevó n-lli esfuerzo prodigioso,
Y en su seno gentil piedra no lleva
 Que a mí no me la deba.
Mis hermanas y yo, somos sencillas,
No morimos y hacemos maravillas;
Pero, siempre vivir es un tormento,
 Pues cual la raza humana,
Conocemos también el sufrimiento:
Somos sierpes un día de la semana.
¿Recordáis que aquí mismo, cierto día,
Salvasteis una que ciego apremio
Un aldeano cruel matar quería?
Pues la sierpe era yo y os debo el premio

⁸ Según la leyenda, Mantua fue edificada por un hada llamada Manto.

⁹ Ariosto, canto XLIII, oct. XCVI:

Venir pel lito incontra una donzella
In signoril sembiente, ancor Wintorno

Que acción tan generosa merecía.
Quiero que sin demora consigáis
La adorada mujer que deseáis.
Con la fortuna que mi afán os brinda,
 En muy breves instantes
Ganaréis el afecto de Florinda
 Y de sus vigilantes.
Tirad, gastad y dad a todo el mundo,
Verted a manos llenas plata y oro,
No faltará, que vuestro es el tesoro
Que me guarda Luzbel en el profundo¹⁰.
Pronto verá la dama inexorable,
Lo que es pasión a la riqueza unida;
Y, para hacerla así más favorable,
Vais a verme en perrito convertida
Mientras vos os mudáis en peregrino,
 Y haremos el camino
 Vos, delante, tocando
La chirimía, y yo detrás, saltando.»

Tan pronto dicho se cumplió el asunto;
Atís en peregrino se vio al punto,
Y cantando con blanda melodía;
Manto, trocada en perro, le seguía.
En breve a la mansión de la querida
El cantor con su perro alegre llega;
Los mozos y lacayos los rodean,
El animal y el amo los recrean,
Bailan el mayordomo y la pasiega.

Escucha el ama y manda a su nodriza:
«Venid, dícenle, a ver la donosura
De este perro, un milagro de natura,
Que sólo con mirarlo os hechiza.
Habla, comprende, baila, ríe e implora;
Ha de volvernos loca a la señora,
Pues, con ella se entienda o no se entienda,

Forzoso es que lo venda.»

La nodriza dirige la demanda
Al peregrino, que con voz melosa,
Y pidiendo perdón, si se desmanda,

Le explica así la cosa:

«Vender el perro, nunca, y darlo, menos;
Es para mí un tesoro de bondades,
Socorre siempre mis necesidades,
Y gracias a él mis días son serenos.
Con tres palabras, y sin más razones,
Se sacude y me da buenos doblones,
Rubíes, diamantes, zafiros y perlas,
Sólo me he de bajar para cogerlas.
Empero, si tu ama

Quiere satisfacer de amor la llama,
Y pasar en mi unión sólo una noche,
Ya que no con elogio, sin reproche,
Tendrá el perro al salir yo de su cama.»

Sorprendió a la nodriza la propuesta.
«¿Cómo pues? ¡Acostarse mi señora,

¹⁰ En la edad-media se creía que los tesoros estaban confiados a la guarda

Toda una embajadora,
Con hombre tan humilde!
Y si la fiesta
 En Mantua al fin se sabe,
 ¿Quién habrá que la alabe?
 Verdad es que este mozo
Es hermoso de cuerpo y de colores,
 Que se ve con gozo,
Y está, el tunante, respirando amores.»
El hada Manto a Atís mudado había
Y nadie a la sazón lo conocía.
«A muchacho de gracia tan preciada
 La nodriza añadía,
¿Es acaso posible negar nada?
Luego, su perro es cosa tan divina
 Que el reino de la China
No pudiera pagarlo con su oro.
¡Es verdad que nostrama es un tesoro!»
Olvidaba decir que el amante
 Haciendo diez ducados al instante,
 Que ofrece a la nodriza,
 Luego, cayó un diamante,
Que Atís recogió, diciendo: «Sin demora
Ve a entregar esta piedra a tu señora,
 Y, dila de mi parte
Que es una ínfima prueba de mi arte,
Y que espero, muriendo,
Que decida ahora mismo mi destino.»
 La nodriza, corriendo,
Fue a exponer la misión del peregrino.

de los demonios.

A punto estuvo de costarle caro,
Pues Florinda se puso delirante.
 ¡Tener el gran descaro
De proponerla infamia semejante!
Y ¿con quién? ¡Si a lo menos Atís fuese!
«Yo a Atís con mis crueldades he perdido.
Nunca Atís cosa tal me propusiese.
Ni de un rey, en verdad, lo habría sufrido,
Aunque su reino entero me ofreciese,
¡Y ahora la sufriré de un peregrino
 Que siga su camino,
 Soy una embajadora. -
Señora, dice al punto la nodriza,
 Que la codicia atiza,
Aunque emperatriz fueseis, mi señora,
Tiene ese hombre una cosa tan preciosa,
Que ganaría la más gallarda diosa.
Puedo decirlo sin ningún ambaje,
No vale Atís lo que ese personaje.
-He prestado a Don Juan un juramento...
-¿De guardarle la fe del casamiento?
Y ¿qué, señora, os liga por ventura
Más que cuando jurasteis ante el cura?
Muchas van con la gaita levantada
Que no erguirían tan alto las narices
 Si una mancha encarnada
Les dibujase en ella sus deslices.
¿Perdemos, mi señora, un algo, en eso?
Por nada vuestro espíritu se apoca;
Nadie sabe en el mundo si una boca
 Viene de dar un beso.

Entregaos a ese amor; no os entreguéis,
Siempre en el mismo estado os veréis.
¿Y para quién guardáis vuestros amores?
¿Para aquel que con mano poco suelta
Dejará en el jardín todas las flores?...
¡Con poco ardor celebraréis su vuelta!...

Tuvo la vieja un pico tan maldito,
Y fue tal su reclamo,
Que se vino a dudar sólo del amo,
Y de las maravillas del perrito.
Los hicieron subir, para mostrarse.
Aún estaba en el lecho la señora,
Que nunca el universo tuvo aurora
Más tarda en levantarse.
Probó el mancebo que, a pesar del manto
Sabía hablar a una dama más que a un santo;
Y Florinda, que ya nada recela,
Y ve del mozo la belleza rara,
Le dice: «Por mi fe, no tenéis cara
De ir hacia Compostela!»
Para llegar al fin apetecido,
Entra el perrito en liza
Y baila por Florinda y la nodriza,
Más ¡ay! no baila, no, por el marido!
No es todo; se sacude, y al momento
Ruedan las perlas sobre el pavimento,
La nodriza las coge, la criada
Las ensarta con mano delicada,
Y el dulce peregrino
Forma con ellas delicioso lazo
Que pasa a un blanco brazo

Tratándolo de ebúrneo y de divino.
 En fin, al poco rato,
Se habló del perro y de cerrar el trato.
Un beso fue de la pulsera el broche
 Y al fin, llegó la noche.
Tan luego en su poder miró a la linda
 Y deseada Florinda,
Atís tomó su forma primitiva
Y acabó por vencer la dama esquivia;
 Era esto más honroso
Para el señor embajador, su esposo.
Amándose siguieron de igual modo,
Y toda la ciudad lo supo todo,
Que estando el alma de delicia llena
No es posible ocultar en la penumbra
De la felicidad la luz serena,
La más fulgente que la vida alumbrá.

Cinco meses después, Don Juan asoma,
 De regreso por Roma.
Las narices por Mantua, muy cargado
De indulgencias, y sabe de contado,
 Y por más de un vecino,
Lo bien que lo ha servido el peregrino.
Pero, ningún criado
Puede contarle bien lo que ha pasado.
Pregunta a la nodriza, a las doncellas,
De mortal ansiedad todo repleto,
Pero fingen con tacto todas ellas,
 Y no sabe el secreto.
Mas ¿quién afirma la constancia humana?

Nunca hubo paz segura entre mujeres,
Que siempre anda el diablo entre estos seres,
 Y medió tal jarana
Entre el ama gentil y la nodriza,
Que la lengua de aquesta entró en la liza
Y por vengarse, el pecho enardecido,
Puso al cabo a Don Juan, de lo ocurrido.
El furor del esposo fue terrible
Y a expresarlo renunció; por el acto
Que resolviera y certifico exacto,
Juzgaréis si era Juan hombre sensible.

 Escogió cierto paje,
Que no era malo para tal mensaje,
Y le mandó dijese a su señora,
Que en la ciudad Don Juan enfermo estaba.
El marido en su casa se ocultaba
Y de él nada sabía la embajadora.
«En el bos que, con ella, diligente
Te alejarás bastante de su gente,
Y muerte la darás con mano lenta.

 Me ha hecho mortal afrenta
Y ha de pagar la infame con su vida,
 Pues la mía está perdida.
Vengarme, paje, no es en ti desdoro.
Sálvate luego; va, toma este oro,
Y si te falta, en ocasión alguna,
Acude a mí, que tuya es mi fortuna. »
Tan luego el paje en marcha se ponía,
El perrito a Florinda prevenía;
¿Cómo? como hace un perro; suavemente
 Del ropaje nos tira,
Ladra, gime, se queja y aun suspira,
Y se ve lo que quiere fácilmente.

Este perro hizo más, pues francamente,
Contó a Florinda al punto,
Del paje de Don Juan el negro asunto.
«Partid sin replicar, dijo; en buen hora
Estoy yo aquí para seguir al paje,
Y no llevará a cabo su mensaje,

Os lo afirmo, señora.»

Llegó el enviado; luego se marcharon,
Caminando, a la selva se acercaron;
Con el pecho agitado y la voz viva
Mandó avanzase más la comitiva
Y en fin, saca la daga y con ahínco
Toda su rabia en su socorro llama,
Va a herin.. mas da al instante el perro un
/brinco

Y no encuentra ante sí perro, ni dama.
Vuela el paje a contar a su celoso
El milagro que vio; y aquél, furioso,
Entre el embuste y la verdad incierto,
A la selva acudió y quedó asombrado
Viendo un rico palacio levantado
En lo que un tiempo fue páramo yerto.
Era el palacio grande y suntuoso,

Un inmenso tesoro
De corales, de mármoles, de oro,
Que cercaba un jardín fresco y hermoso.

Hoy día, no fuera dable
Ver casa tan amena y agradable.
Francas, de par en par, se ven las puertas,
Las estancias están todas desiertas;

Hasta que, al fin, en una galería
Delante de Don Juan se puso un moro
 Con narices de loro,
Que parecía un Esopo de Etiopía.
 Lo tomó el magistrado
 Por un humilde criado,
 Y creyendo halagarle
 Así comenzó a hablarle:
«Dime, amigo, ¿quién tiene a su albedrío
Este palacio?» Y dijo el otro: «¡Es mío!»
Pide perdón el juez de su arrogancia,
Se prosterna exclamando: «Yo os adoro,
 Perdonad, señor moro,
 Perdonad mi ignorancia,
No habló mi lengua con objeto malo.
Todo lo que aquí veo parece un sueño.
-Cálmate ya; y si aceptas un regalo
De todo lo que ves serás el dueño,
Sólo a una condición; no me bromeo;
Todo tuyo será si, como creo,
 Aceptas ser mi paje
Tan sólo por espacio de dos días.
 ¿Comprendes mi lenguaje?
¿Sabes ya cuáles son mis fantasías?
La cuestión explicarte claro quiero.
¿Conoces de los dioses al copero?

JUAN

Ganimédes...

EL MORO

El mismo; por ventura

Piensa que yo soy Júpiter tonante
Y el mancebo eres tú, por un instante,
Aunque viejo eres ya.

JUAN

Cosa es segura;
Pensad que soy de la magistratura.

EL MORO

Aqueso no hace al caso.

JUAN

Os bromeáis, en verdad.

EL MORO

¿Das o no el paso?

JUAN

Señor!... »

Al fin Don Juan, con rostro serio,
Consintió en el misterio.
¡Maldito amor de los humanos dones,
Todo lo hacen por ti los corazones!
Al instante el togado se ve en paje,
Sólo la barba queda al personaje
Y va en pos de la augusta señoría,
Haciéndole saludo o cortesía.
Florinda, en una estancia bien guardada,
No había perdido nada
De la conversación, pues creo inútil,
Innecesario y fútil,

El deciros que el Moro era la hada,
Que ella elevó el palacio e hizo paje
Al ilustre Don Juan. En un pasaje
De una alcoba a un estrado delicioso,
Al fin Florinda se mostró a su esposo.
«¡Cielos! gritó.

¿Es verdad lo que yo miro?

Acaso, ¿no deliro?

¿Es Don Juan el que viene disfrazado?

¡El virtuoso Don Juan!

No son engaños, El es.

¿Cómo, Don Juan, a vuestros años,
Hombre de leyes, hombre de embajada,
Hombre venís a ser de mascarada,
Hombre de ... ? Si mi lengua no concluye
Perdonad, que el pudor en esto arguye.

Vos, Don Juan, vos tan serio,

Que por poco sorprendo en adulterio,
Queríais darme la muerte, delirante.
No tomé un moro yo, como galante.
Me excusa el ser Atís mi favorito,

Y además, su perrito.

Ahora veréis si a dádivas tan bellas
No sucumbieran todas las doncellas.
Moro, trocaos en perro.» Al punto el moro
En perro se convierte.«De corrido
Bailad y dad la pata a mi marido;

Bueno, ahora dadnos oro.»

Ruedan al punto escudos y doblones.

«¿Y bien, señor marido,

No os placen, señor, estas razones?

Pues si me di, por este perro ha sido.

Él ha hecho este palacio,

Esta sala que veis, toda un topacio;
Y buscad la más grande en poderío
Que niegue su albedrío
A la amorosa llama,
Cuando mira regalo tanpreciado,
Y a más, cuando el que ama
Merece ser amado.

En cambio de ese perro me pedían,
Y me di; ¿soy yo cosa tan querida?
Mis ansias no podían
Negarse a economía tan bien sentida.
¿No ibais vos a entregaros a un asunto?...
Pero, no hablemos más sobre este punto,
Y ordenad que no atenten a mi vida,
Que si Lucrecia en caso tal se viera
Lo mismo sucumbiera.

La paz, Don Juan, la paz; dadme la mano.
A más, sabed que no hay poder humano
Que tema yo, teniendo este perrito,
Pues de todo me salva el pobrecito,
Y en fin, sabed que no hace más que el oso
El que quiere guardamos y es celoso,
Pues con su ansia maldita
De enseñarnos el mal, nos precipita. »

El togado Don Juan firmó este gaje,
Con tal que no dijese que fue paje,
Y entrambos a su casa se volvieron
Y felices los dos siempre vivieron.
¿Y el perro? me dirán, ¿y el peregrino?
El peregrino, el perro,

Me importan un comino,
Y aquí mi cuento cierro.